

hombre. En este momento jugaba Napoleón su última carta.

De los veinticuatro batallones de su guardia de corps, que a consecuencia de las pérdidas sufridas en Ligny habían quedado reducidos a 11,000 hombres, envió la mitad a Plancenoit, y poniéndose él en persona al frente de la otra mitad intentó un desesperado ataque contra las alturas de Mont-Saint-Jean. El mismo dirigió todas las maniobras y arengó a los oficiales y a los soldados, prometiéndoles la victoria con solo que resistieran un poco más, pues que Grouchy estaba para llegar de un momento a otro y atacaría al enemigo por la espalda mientras ellos le atacaban por delante. La vanguardia, compuesta de cuatro batallones (1), comenzó a subir la cuesta a las órdenes de Ney; llegado que hubo a la cima, la primera línea enemiga cedió y las columnas seguían avanzando denodadamente cuando, de pronto, el suelo comenzó a vomitar hombres, que se agitaban como duendes encarnados y con sus descargas terribles diezmaron a los franceses: eran los granaderos de Maitland, que habían permanecido echados en tierra y que a la voz de Wellington que les gritaba: «¡Sú, granaderos! ¡bien maniobrado!» se levantaron como un solo hombre, causando con sus tiros grandes destrozos en el enemigo. El general Michel cayó mortalmente herido, Mallet y otros oficiales de Estado Mayor fueron también derribados en tierra y Ney cayó al suelo arrastrado por su caballo, que era el cuarto que le mataban. Al fuego de fusilería sucedieron los mortíferos metrallazos de la artillería, y antes de que pudieran llegar al sitio del combate los otros batallones, con los cuales estaba más abajo de reserva Napoleón, entró en batalla por la derecha la brigada de Steinmetz, que formaba parte del cuerpo de Zieten, y arrojó de Papelotte a las divisiones de Durutte y de Marcognet, obligándolas a descender precipitadamente por la vertiente de la colina. El diluvio de proyectiles que arrojaban treinta y dos cañones prusianos vino a aumentar la confusión de esta desastrosa retirada (2). Mientras los guardias se veían precipitados desde La Haye-Sainte, los prusianos penetraron por el lado derecho entre los cuerpos de Lobau y de Erlon. Al ver esto, Napoleón exclamó: «¡Todo ha terminado!» y no se atrevió a intentar ningún ataque con sus cuatro batallones, que nada habían sufrido todavía. Wellington envió al coronel Freemantle al general Zieten para rogarle que hiciera cesar el fuego de la artillería prusiana, pues tenía la intención de atacar. El coronel Freemantle no encontrando al general Zieten se dirigió al teniente coronel Reiche, jefe de Estado Mayor de éste, quien cuidó de dar las oportunas órdenes. Las tropas inglesas del ala derecha recibieron la orden de avanzar simultáneamente con los prusianos (3); al propio tiempo que Wellington y estrechamente unidos con su ala izquierda, los prusianos de Zieten y una parte de los de Bulow avanzaron sobre Belle-Alliance, donde Napoleón intentaba todavía, aunque en vano, reunir los restos de su ejército. A las ocho y media de la noche terminó el sangriento combate trabado en la aldea de Plancenoit: allí fué donde los doce batallones de la guardia imperial, mandados por los generales Pelet, Duhesme, Barrois, Morand y Cambronne, sostuvieron por espacio de hora y media contra los prusianos del cuarto y del segundo cuerpo una lucha digna de la antigua fama de estas tropas y cuyo espíritu tan bien ha caracterizado la leyenda con las conocidas palabras: «La guardia muere, pero no se rinde.» Por fin, el coronel Hiller de Gartringen, procedente del cuerpo de

(1) Pertz-Delbruck: *Gneisenau*, tomo IV, pág. 666.

(2) Charras: *Historia de la campaña de 1815, Waterloo*, edición alemana, Dresde, 1858, pág. 318. Damitz, tomo I, pág. 306.

(3) «Mencionamos los detalles de este hecho para refutar con hechos la creencia de que los ingleses no emprendieron el último ataque hasta que el general Zieten entró en acción.» Damitz, tomo I, pág. 308.

Pirch, tomó la aldea por asalto (4) y siendo imposible ya toda resistencia comenzó la fuga general.

Wellington y Blücher se encontraron en un corral situado al Sur de Belle-Alliance (5) y se felicitaron mutuamente como vencedores. Gneisenau se encargó de dirigir la persecución. Cómo se hizo ésta, nos lo dice él mismo en la descripción de la batalla que ha sido publicada. «Eran las nueve y media; el feld-mariscal reunió a los oficiales superiores y les ordenó que así los hombres como los caballos hicieran el último esfuerzo lanzándose a la persecución. El frente del ejército precipitó sus pasos. Perseguido sin pérdida de momento, el ejército francés se dispersó muy pronto por completo. La calzada ofrecía el aspecto de un gran naufragio, pues estaba por todas partes sembrada de innumerables cañones, carros de pólvora, transportes, fusiles y despojos de todas clases; los que habían querido darse algún descanso, no contando con una persecución tan inmediata fueron arrojados de más de nueve vivaques; algunos quisieron hacerse fuertes en algunas aldeas, pero en cuanto oyeron los tambores y cornetas emprendieron la fuga o se encerraron en las casas, donde fueron muertos ó hechos prisioneros. La luna apareció en el horizonte y con su clara luz favoreció extraordinariamente la persecución: toda la marcha fué un continuo ojeo de enemigos en las aldeas y en los campos de trigo (6).» Gneisenau con un batallón de tiradores iba al frente del ejército perseguidor, que durante toda la noche no dejó un momento de reposo a los acosados franceses, hasta que al romper el alba le fué imposible seguir adelante. En Genappe apoderáronse los vencedores de los carros de Napoleón, que iban cargados de un rico botín de diamantes y de otras preciosidades. Cuando Gneisenau llegó, a la mañana del 19, a Frasnes, solo tenía a su lado 50 tiradores y como no se divisaba ya ningún enemigo, mandó hacer alto. Aquel mismo día dió Blücher desde Genappe una orden del día redactada por Gneisenau y dirigida al ejército vencedor, al final de la cual se decía: «Hasta ahora todos los grandes generales han creído que con un ejército derrotado no se podía librar en seguida nueva batalla. Vosotros habeis demostrado la sinrazón de esta creencia y probado que los soldados valientes y expertos pueden ser vencidos pero no acobardados. Recibid con esta orden del día el testimonio de mi gratitud, inimitables soldados y compañeros míos de armas dignos del mayor respeto: os habeis conquistado un gran renombre. Mientras exista en el mundo la historia, ésta se acordará de vosotros. En vosotros, inquebrantables columnas de la monarquía prusiana, descansa con seguridad la suerte de vuestro rey y de su dinastía. Prusia no sucumbirá nunca si vuestros hijos y vuestros nietos se os asemejan.»

Apenas decidida la lucha y demostrada la necesidad indispensable del auxilio de los prusianos, el duque de Wellington varió de conducta y de lenguaje. Su marcha de avance por el campo de batalla debía presentarle como el vencedor de la jornada de 18 de junio, así es que en la relación que hizo del combate procuró oscurecer la participación que los prusianos habían tenido en la decisión de aquella sangrienta lucha. El había alcanzado la victoria para el rey Luis XVIII que en Gante esperaba el resultado de la tormenta, y presen-

(4) «De los franceses hemos de decir que defendieron con gran tenacidad la aldea por espacio de hora y media y que allí se distinguió especialmente la antigua guardia imperial, a la que fué preciso matar junto a su águila, envuelta en negro crespon, para apoderarse de la aldea.» Damitz, tomo I, pág. 312.

(5) No en la misma Belle-Alliance. Pertz-Delbruck: *Gneisenau*, tomo IV, pág. 708.

(6) Forster, tomo V, pág. 1050, y Delbruck: *Gneisenau*, tomo IV, página 708.

tándose como el patrono de los Borbones se opuso con tenacidad y energía implacable a los planes de venganza de los prusianos y a los castigos que éstos exigían.

El día 22 de junio Napoleón había abdicado nuevamente, antes de que las Cámaras, a propuesta de Lafayette, le declararan expresamente destronado, y el día 29 huyó hacia la costa para embarcarse en el puerto de Rochefort con rumbo a América. El día 3 de julio capituló París por segunda vez; en los días 7 y 8 entraron en esta capital el primero, el tercero y el cuarto cuerpo de los prusianos, y luego que Luis XVIII se hizo cargo nuevamente del gobierno (8 de julio), Wellington se dedicó a demostrar a los prusianos que la guerra había sido únicamente contra Napoleón, no contra la Francia, y que, en su consecuencia, debía firmarse la paz, no con un enemigo vencido, sino con un infeliz aliado digno de compasión. Negóse, además, a prometer la entrega de Napoleón, en el caso de que cayera en manos de los ingleses, como lo exigía Gneisenau, cuyo intento era fusilar al emperador después de someterle a un consejo de guerra (1). Protestó también contra la indemnización de guerra de cien millones de francos que Blücher pedía a la ciudad de París y se opuso a la voladura del puente de Jena, a pesar de lo cual este puente solo se salvó por haber salido mal la voladura primera y por haber llegado a París, mientras se estaba preparando la segunda, el rey Federico Guillermo, que prohibió terminantemente tal atentado. Finalmente, Wellington hizo cuanto pudo para lograr que Francia saliera de esta segunda paz tan bien como había salido de la primera. Entretanto Napoleón, que no podía esperar buen éxito de su fuga por mar contra la voluntad de Inglaterra, escribió el día 13 de julio una carta confidencial al príncipe regente de la Gran Bretaña, el cual le concedió, no la hospitalidad en aquellas venturosas islas, — como él había creído, no sabemos por qué, — sino el destierro a la isla de Santa Elena, a donde fué conducido el día 9 de agosto a bordo del *Bellerophon* primero y del *Northumberland* después.

En su política contraria a toda conmiseración para con la Francia en gracia a los Borbones, consiguió Blücher, por lo menos, un triunfo indiscutible. Cuando en las negociaciones de la capitulación de París de 3 de julio los comisarios franceses pedían un artículo que garantizara la seguridad de los museos, el príncipe Blücher protestó diciendo que en la Galería había cuadros que habían sido llevados allí procedentes de Prusia y que Luis XVIII había prometido en 1814 devolver, no habiéndose aun cumplido esta promesa. Los comisarios ofrecieron restituirlos, cuando Wellington, tomando la palabra, manifestó que él estaba allí como aliado de todas las naciones europeas y que pedía que cualquiera ventaja que se concediera a Prusia se otorgara también a las demás. Así fué que el artículo que había de dar a las rapiñas artísticas de Francia el derecho de bienes legalmente adquiridos quedó abandonado; y cuando los prusianos, desentendiéndose de la diplomacia, se apoderaron sin contemplaciones de lo que les pertenecía (2), los demás hicieron otro tanto, distinguiéndose en ello el gobierno de los Países Bajos y el Papa. Contra las pretensiones de este último mostró-

(1) En una carta dirigida a Muffling decía Gneisenau en 29 de junio: «El duque de Wellington, al oponerse al fusilamiento de Napoleón, piensa y obra como inglés. Para ningún mortal ha tenido la Gran Bretaña las deferencias que para este tuno, pues gracias a los acontecimientos por él promovidos, Inglaterra ha visto aumentar considerablemente su grandeza, su prosperidad y sus riquezas. Hoy son los ingleses los reyes del mar y no han de temer que nadie les dispute esta soberanía y el comercio universal.» Pertz-Delbruck, tomo IV, pág. 544.

(2) Sobre esto véase Forster, tomo V, pág. 1234, y la carta de Niebuhr a Gneisenau, Berlín, 24 de julio de 1815, en Pertz-Delbruck: *Gneisenau*, tomo IV, págs. 600-601.

se muy disgustada S. M. Cristianísima, y lo que el delegado pontificio, que lo era el famoso escultor Antonio Canova, pudo conseguir, debió al eficaz apoyo que le prestaron los herejes Blücher y Wellington. Este último sufragó los gastos de embalaje y de conducción a Roma de las obras de arte. Sin esta protección, no hubieran salido de París el Laoconte, el Apolo del Belvedere, el torso de Hércules y los más preciosos lienzos de Rafael y de Perugino (3).

La segunda paz de París, que después de muchos meses de negociaciones se firmó en 20 de noviembre de 1815, diferenciábase de la primera en que arrebataba nuevamente a Francia las ventajas territoriales que en 30 de marzo le habían sido concedidas allende sus fronteras de 1792. A la sazón Francia tuvo que ceder el cuadrilátero entre Maubeuge y Givet (Philippeville, Marienburg, Bouillon) a Bélgica; Saarlouis y Saarbruck a Prusia, Landau al Palatinado del Rhin, la porción oriental del país de Gex a Ginebra y la parte de la Saboya que se había hecho francesa al Piamonte. Debió, además, pagar a los aliados una indemnización de guerra de 700 millones y tolerar por espacio de cinco años guarniciones extranjeras, en número de 150,000 hombres, en diez y siete plazas fronterizas, corriendo a cargo de Francia su manutención (4).

Cuando se trató de la cuestión de fronteras, promoviéronse acalorada discusión, en la que por vez primera, desde que Alsacia y Lorena habían sido arrebatadas a Alemania, se discutió seriamente la devolución a ésta de aquellas dos antiguas provincias del imperio.

Gneisenau fué quien formuló esta pretensión ante el príncipe Hardenberg, durante la marcha de Belle-Alliance a París (5), y quien después la propuso, ya en esta capital, al mismo rey en persona (6). Hardenberg defendió esta idea ante el consejo de los aliados (7), mostrándose de todo punto conformes con él todos los que pensaban y sentían como buenos alemanes. Pero Rusia (8), Inglaterra y Austria persistieron en el principio fundamental de la inviolabilidad de las fronteras francesas tales como eran en 1790 y habiéndose visto Prusia abandonada por sus aliados en las negociaciones preliminares, no pudo formular su demanda a Francia directamente, desde el momento en que había sido previamente rechazada por las citadas potencias. Si comparamos la situación en que se encontraba Prusia en aquel momento con la que después, en la paz preliminar de Versalles y en la definitiva de Francfort, tenía cuando impuso en 1871 la devolución de la Alsacia y la Lorena, fácilmente acertamos a explicarnos la causa de la derrota sufrida por esta nación

(3) Los franceses se quedaron con la mayor parte de los cuadros robados a España (*N. del T.*)

(4) Angeberg-Capefigue, tomo II, pág. 1595.

(5) Carta de 22 de junio de 1815. Pertz-Delbruck, tomo IV, página 529.

(6) Carta de 8 de julio de 1815. Pertz-Delbruck, tomo IV, pág. 574.

(7) Memoria de 4 de agosto inserta por vez primera en Mural: *Juan de Reinhard, Zurich, 1839*, págs. 570-574, y luego en la *Historia de la segunda paz de París para Alemania*, de Schaumann: Göttingen, año 1844, 2.ª parte, documento núm. VIII, que pone equivocadamente Knesebeck, en vez de Hardenberg.

(8) El barón Stein descubrió entonces en París y manifestó que el emperador Alejandro no quería hacer a Alemania «invulnerable» por el lado del Oeste. Lo propio hizo el conde Hardenberg, quien en la primera de las memorias que escribió desde París (7 de setiembre de 1815) dijo hablando de Rusia: dista mucho, en realidad, de demostrar el interés que pretende tener por el bienestar de Alemania y parece, por el contrario, que no le disgustaría ver a ésta siempre en un estado de debilidad que la impidiera dejar sentir su peso en la balanza política de Europa. Uno de los negociadores rusos, ante el aserto de que Rusia podía auxiliar a Alemania contra el poder agresor de Francia, contestó «que no entraba en la política rusa dar a Alemania fronteras aseguradas contra la Francia.» A. H.

en 1815. Su ministro no hablaba en nombre de una gran potencia que había luchado y vencido por sí sola y que, por tanto, no tenía que consultar para nada á las demás potencias. El príncipe Hardenberg tenía detrás de sí á una monarquía que, á pesar de su ejército sin igual, no era todavía considerada como potencia de primer orden y que sabía que entre sus compañeros de armas existían tanta envidia y rivalidad tanta, que sus corifeos no se atrevían á hacer la menor indicación acerca de las pretensiones sobre Alsacia y Lorena. Y sin embargo Prusia era la única que se encontraba en condiciones de emprender con la raza desalemanizada de los alsacio-loreneses la lucha por la idea del Estado alemán. En una palabra, en la primera tentativa que se hizo para pedir la restitución de aquellas provincias del imperio, faltó el imperio, cuyas fuerzas podían reconquistar lo que le había sido arrebatado y conservar lo reconquistado anexionándolo y fundiéndolo en el cuerpo de la nación convertida en gran potencia.

Pero la actitud que Austria adoptó ante aquella petición demostró que la federación alemana tenía un jefe para quien era imposible toda política nacional alemana, y con esto quedaba dicho todo cuanto decirse pudiera respecto de la situación de Alemania y de su Constitución dentro del derecho internacional.

Según todas las apariencias, Austria era la nación que mejor lote había sacado de la reconstrucción de Alemania y de Europa. El equilibrio de las potencias había sido establecido tal como había indicado Metternich, y todo el edificio de este equilibrio descansaba en la doble soberanía de Austria sobre Alemania y sobre Italia; Austria era directamente señora de esta última nación con un poderío que le aseguraba en una mitad de la península itálica el vasallaje de los pueblos y en la otra mitad el de los príncipes; y era señora indirectamente de Alemania en virtud de una Constitución federal que encadenaba así los impulsos de libertad y de unidad de la nación como el sentimiento nacional de Prusia y ponía en sus manos, con la presidencia de la Confederación, el patronato sobre todos los Estados medios y pequeños y el santuario de su soberanía. Para crear ó, por me-

yor decir, para dejar crecer esta doble soberanía asentándola sobre la base de hechos claros que ya durante la guerra habían sido en parte previamente decididos y en parte consumados, el príncipe Metternich había mostrado una habilidad extraordinaria en el empleo de las tres cosas que, al decir de un ingenioso francés, debe saber la diplomacia: prever, esperar y aprovechar. Pero por magnífico que fuera el aspecto que este edificio ofrecía por fuera, por dentro no había en él ni podía haber una existencia sana. Formaban el escabel de su grandeza dos antiguos pueblos cultos que después de haber reñido durante muchos siglos todas las batallas intelectuales de la humanidad, se habían quedado sin Estado y habían permanecido sin él hasta que la época moderna había despertado en ellos por vez primera el deseo de una existencia nacional y el impulso hácia la constitución de un Estado y de un poder. Pues bien: estos dos pueblos debían renunciar para siempre á aquel deseo y sofocar para siempre este impulso: alemanes é italianos debían permanecer eternamente sin Estado, y ligados por una renuncia que ningún pueblo puede hacer, ó que si la hace, obligado por la violencia, no puede cumplir, es decir: la renuncia al mas sagrado de todos los derechos, al derecho de ser señor en su propia casa y de entrar como miembro dotado de todos los derechos en el seno de la gran familia, en la cual solo puede tener asiento y voto la comunidad nacional.

Para que este sistema pudiera subsistir necesitábase la sólida continuación de un estado de cosas que no podía durar, pues la vida que llevaba estaba debilitada por el remordimiento de arriba y envenenada por la mala voluntad de abajo. No podía tener mas que una existencia ficticia envuelta en engaños é ilusiones, y aun ésta solo podía mantenerse auxiliada por cañones y bayonetas, mientras la idea nacional, aquende y allende los Alpes, no enardeciera mas que á visionarios y no armara mas que á demagogos. En el momento mismo en que en ambos países la política monárquica encontraría los medios de romper el nudo de la cuestión en el instante en que se quebrara la cabeza de la anarquía, aquella existencia desaparecería, y desaparecería entonces para no volver mas.

FIN DE LA ÉPOCA DE LA REVOLUCION FRANCESA, DEL IMPERIO Y DE LA GUERRA DE LIBERACION

ÍNDICES DEL TOMO UNDÉCIMO

EPOCA DE LA REVOLUCION FRANCESA, DEL IMPERIO Y DE LA GUERRA DE LIBERACION

| | Páginas | Páginas | |
|------------------------------------------------------------------------------------------------|---------|-------------------------------------------------------------------------------------------------------|-----|
| LIBRO PRIMERO | | | |
| LA REVOLUCION DE LA ANTIGUA FRANCIA | | | |
| CAPÍTULO PRIMERO. — Primer ministerio de Necker. | 1 | minación de la constitucion francesa. 163 | |
| CAP. II. — Calonne. — El matrimonio de Fíguro. — El collar de diamantes. | 12 | CAP. III. — La asamblea legislativa y la guerra. 173 | |
| CAP. III. — Los notables y la desaparicion de la antigua administracion. | 22 | CAP. IV. — La Gironda y la caída de la monarquía. 187 | |
| CAP. IV. — Insurreccion de la antigua Francia contra la monarquía. | 28 | CAP. V. — Federico Guillermo II y la jornada de Valmy. 202 | |
| CAP. V. — La lucha legal del tercer estado contra los privilegios y los privilegiados. | 38 | CAP. VI. — Los asesinatos de setiembre y los comienzos de la república. 214 | |
| CAP. VI. — Las elecciones. — Levantamiento de los campesinos. | 48 | CAP. VII. — Proceso y ejecucion del rey. 230 | |
| CAP. VII. — La joven Alemania en el antiguo imperio. | 54 | CAP. VIII. — Guerra civil y guerra universal. — Caída de la Gironda. 246 | |
| LIBRO SEGUNDO | | | |
| LA REVOLUCION DE LA FRANCIA MODERNA | | | |
| CAPÍTULO PRIMERO. — El diputado conde de Mirabeau. | 64 | CAP. IX. — El terror como gobierno y como derecho público. 258 | |
| CAP. II. — La asamblea de los Estados generales y la asamblea nacional. | 71 | CAP. X. — Los asesinatos en masa y el fin del terrorismo. 270 | |
| CAP. III. — Demolicion del antiguo régimen. | 80 | CAP. XI. — El 9 thermidor. 286 | |
| CAP. IV. — Los derechos del hombre y del ciudadano. | 92 | LIBRO CUARTO | |
| CAP. V. — Desautorizacion y degradacion de la monarquía. | 101 | GUERRAS REVOLUCIONARIAS Y DICTADURA MILITAR | |
| CAP. VI. — Plan ministerial de Mirabeau y momento crítico de la revolucion. | 107 | CAPÍTULO PRIMERO. — El general Bonaparte. 303 | |
| CAP. VII. — La anarquía como derecho público. | 116 | CAP. II. — Fin de la anarquía en Polonia. 311 | |
| CAP. VIII. — Inteligencia de Mirabeau con la corte. | 122 | CAP. III. — Los thermidorianos. — La paz de Basilea y el Directorio. 321 | |
| CAP. IX. — Los asignados y la ruina de la antigua Iglesia. | 130 | CAP. IV. — Lucha en los Estados Unidos del Norte de América. 334 | |
| CAP. X. — Muerte de Mirabeau. | 137 | CAP. V. — Guerra y trastornos en Italia. 346 | |
| CAP. XI. — Primeros éxitos de Robespierre. | 146 | CAP. VI. — Bonaparte y el Directorio. — Comienzos del trastorno europeo. 356 | |
| LIBRO TERCERO | | | |
| LA ANTIGUA EUROPA Y LA MODERNA FRANCIA | | | |
| CAPÍTULO PRIMERO. — Gustavo III y la fuga del rey. | 154 | CAP. VII. — Guerra universal de 1799 y golpe de Estado del 18 brumario. 369 | |
| CAP. II. — Muerte de José II. Leopoldo II. Ter- | | PARTE SEGUNDA | |
| | | LIBRO PRIMERO | |
| | | EL CONSULADO Y EL IMPERIO | |
| | | CAPÍTULO PRIMERO. — Nueva organizacion del Estado francés. | 385 |
| | | CAP. II. — Guillermo Pitt y la política belicosa de la aristocracia financiera de Inglaterra. | 394 |
| | | CAP. III. — Marengo, Hohenlinden, Luneville. — Paz religiosa y paz mundana. | 404 |
| | | CAP. IV. — Conducta pacífica del primer cónsul. | 415 |
| | | CAP. V. — Federico Guillermo III y la neutralidad de Prusia. | 424 |
| | | CAP. VI. — Napoleon I emperador de los franceses y rey de Italia. | 433 |